

DE LO PINTADO A LO VIVO

(POESIA Y REALIDAD)

*«No quieras despreciarme
Que, si color morena en mí hallaste
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste;
Que gracia y hermosura en mí dejaste».*

Cant. Espir. S. Juan de la Cruz.

SE ha abusado —en todos los sentidos— de la palabra «moreno». Y ya es hora, digámoslo con desenfadado acento, de acercarnos a la palabra para auscultarla quedamente. En el mundo de la realidad y de la poesía. Jugando un poco con las voces, las divinas voces que tanto nos dicen en su arcano creador.

Dos mundos

Un regular escritor —Prudencio Iglesias Hermida— dice, me parece que en «La última noche del pirata Barbarroja», que sólo existen dos razas en el mundo: la de bronce y la de manteca. Trae luego un centón de consideraciones, algunas vulgares y comunes, sobre las virtudes de la raza broncea, que es la que él defiende, diciendo, por ejemplo, que son morenos los árabes y los españoles «que luchan con los toros». Apreciaciones demasiado generales, pues se sabe de árabes rubios —los más valientes, los más paganos—, y en España ¿quién no ha sorprendido por las montañas y mesetas rubios limpios de lino y de paja, nacidos y criados bajo los alcornoques y las encinas ibéricas? No es que haya dos razas. Es que las hemos creado nosotros a fuerza de alquimia y poesía.

El cabello rubio, la tez blanca y los ojos azules o verdes, eran ya imágenes en sí mismos. El cabello se comparó al oro; los ojos, al cielo; las mejillas, a las flores. Fueron metáforas elementales y que hoy, después de tanto tiempo, no han perdido nada de su encanto. Y además, los ojos verdes y los cabellos dorados fueron diferenciándose y sobre ellos se estableció el castillo de naipes de la Literatura.

Abramos un libro clásico sobre el Amor. Mejor que clásico, eterno libro sobre el amor. El «Cantar de los Cantares», compuesto por Salomón bajo la inspiración del Espíritu Santo. En su colosal poesía, hay estos conceptos: «Negra soy más codiciable». Quiere decirse, a mi juicio, que ya existe un tipo de mujer sin pero: el tipo rubio. No era extraño hallar en las mujeres hebreas tipos rubios, aunque lo general era el tipo moreno. Hay judíos alemanes y austríacos cuyos cabellos llevan todo el oro del Rhin. Pero... ¿era en realidad negra la Sulamita? ¿Negra... auténticamente, como las líbicas y las etiópicas, o era morena solamente y por eso excusaba su color, comprendiendo que el tipo ideal era su opuesto?

Conste que, quizá pecando, interpreto el versículo amarrado a la letra. Por otra parte, la interpretación es facilísima, como se verá al hablar de San Juan de la Cruz.

¿Y las mujeres clásicas? Veamos a sus herederos. La gente latina y los griegos modernos son morenos, pero he aquí que los alemanes racistas nos salen con la teoría de que los arios —de los que ellos y los antiguos griegos y romanos forman parte— eran rubios. La confusión aumenta y los dos mundos se separan. Uno lleva en sí el prestigio de una literatura y un tinglado creado sobre él; el otro se ve relegado a un desprecio casi total.

Oros son triunfos

Ahora se nos presenta este dilema: ¿Cuál es la belleza, la rubia o la morena? ¿La de las mejillas sonrosadas o la mujer pálida?

Realmente, no hay contestación posible. Un refinado diría: una rubia napolitana y una morena de Berlín. Pero no vamos a hacer una estadística de gustos. Intentemos ayudarnos en una sabia y casera estética. No hace falta ser muy imaginativo para establecer dos grandes reinos: el del sol y el de la luna. Y, sin exageración romántica, no hay luna posible donde brille el sol. Y también es esto cierto, que los cabellos rubios despiden luz. Por eso, una mujer rubia —en todos sus grados— exulta al sol. Es eso que vulgarmente se llama vistosa. El oro se deslíe en luces y aquí vienen los adjetivos «deslumbradores» flavo, fulvo, blondo. Ya vamos necesitando, por lo menos en principio, dos condiciones para que lo rubio triunfe: sol, gloria, de una parte, y de otra riqueza.

Aquí hay que hacer un alto. Vayamos buceando por la literatura medieval. Como es sabido de todos, el primer retrato femenino describe una mujer rubia: «blanca e vermeia». Después es rubia la «Fiametta» y, sobre todo, una mujer impone su físico, para estereotiparlo muchos siglos después. Se trata de Laura. Tal vez fuera una rubia auténtica, pero no lo parece. Este es el defecto del rubio; en la vida sospechamos de las rubias, no sea que deban su color al oxígeno o a la camomila —como las modernas— o la literatura —como Laura—. Porque Petrarca la pintó rubia, alta y de ojos verdes, magníficos. Y después de él, todas las mujeres siguieron la moda. Es algo, insisto, como el platinado de Jean Harlow. Pero con la grave diferencia de que no se produjo un áureo e ilimitado número de cabezas *standard*, sino que los poetas crearon rubias señeras: Isabel de Freyre, Leonor de Milán. Verdes son los ojos de Julieta, de Melibea, y los cabellos de Belisa y de Heliódora son más que oro. Son soles, mineras finísimas, llamas que reverberan en una candente exaltación que nos ciega.

La figura de mujer rubia se sentó en un trono del que nadie la ha arrojado todavía. Es una tara, agradable, pero tara al fin, que venimos arrastrando desde siglos, un prejuicio que no se puede ya abandonar. Es inútil que aprendamos que las venecianas se ponían a punto de morir de insolación para dorar sus cabellos al sol: la Flora de Ticiano nos subyugará siempre. Es inútil que consideremos, en buena anatomía, que Rubens inflaba las carnes y las hacía fofas: «Las tres gracias» serán ya, en nuestra mente, sólo tres jóvenes rubias.

El tópico es tan fuerte que las rubias artificiales se confunden con las que lo son a natura y todavía nos siguen engañando, como Pompadour de Carnaval, con su pintado pelo que tanto nos agrada.

«Morena y sevillana»

A finales del largo reinado del oro, la vena aurífera se agotaba. Entonces se quiso levantar un tenebroso reino de mujeres morenas. «Moreno, ardiente». Se aparearon estos dos conceptos y se quiso embetunar un dosel para los cabellos «como las alas de los cuervos» bajo los cuales había «húmedos ojos» «negros como la noche». El mundo romántico se disparó por el Oriente en busca de luces negras. Este reino era de teatro y de guardarropía. Tenía que estrellarse contra las formas consagradas. No quiero yo dirigirme a ese mundo oscurecido, de vida efímera, como aquel reinado de Josefina Báker, summum de lo moreno concentrado, fugitiva silueta de ébano que, una vez satisfecho el exotismo de París, la gran catadora, pasó sin dejar rastro.

La pandereta andaluza se ha cargado de adobadas «morenerías». Julio Romero pintó la languidez y los ojos pasionales. Se recordó «La volupté de Cordoue» y el encanto del ardor andaluz. Ya se nos miraba a los andaluces, y sobre todo a nues-

tras pobres mujeres, como gentes morbosas, de almas presa de escabrosos deliquios, en una tortura constante por la tenaza de los convencionalismos religiosos.

Morena poesía

No es el color de bronce que da el sol, sino la palidez que da la luna, el color donde se levantó el castillete de la morena poesía.

Es el alma empequeñecida y casi muda, la que en el Cántico Espiritual deplora su oscuridad, hija de las imperfecciones. Lamenta el color que en ella ha hallado el Esposo, pero se alborozaba en la certeza de que al mirarla le da gracia y hermosura.

Un soplo de gracia ha necesitado el color moreno para empezar a brillar. Si el oro —perecedero hijo de la tierra— es la imagen de la belleza rubia, al color bruño lo ha embellecido la gracia. Gracia y amor: místico santico de Yepes por los campos de Castilla.

Pero no queda aquí el color moreno. Dando un salto de siglos, oigamos a un poeta que canta —como San Juan— en Granada y que asordina su voz y la hace más delicada al hablar del color obscuro.

Federico García Lorca da una entonación verde al rostro moreno. Verde, como bajo la luna, pálido por el sufrimiento, la espera o la nostalgia:

Dice de Antoñito el Camborio:

*Moreno de verde luna
anda despacio y garboso.*

Y refiriéndose a las damas que suben a San Miguel:

*Pasan nobles caballeros
y damas de triste porte
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruiseñores.*

Claramente se advierte que la palabra «morena» sustituye aquí a «pálida». La nostalgia da una expresiva palidez al rostro, que sólo se puede concebir en una tez morena.

Vemos, pues, que la palabra morena va acompañada de un sentimiento de íntima tristeza. No se puede pensar sólo en una tristeza pensativa, o en una languidez pálida. Yo he visto pieles morenas exangües que dejaban transparentar las verdes redes venosas. García Lorca sigue afinando su concepto, y así hallamos, sin salirnos del Romancero:

*Dios de salve Anunciación
morena de maravilla
tendrás un niño más bello
que los tallos de la brisa.*

Cabe pensar en la Virgen moreno-pálida. No en la románica y bárbara imagen monserratina, que sólo la piedad catalana puede rebajar de tono cuando le dirige el Virolay:

*Rosa d'April
morena de la Serra
de Montserrat estell
Illumineu la catalana terra... etc.*

Ya que todo el mundo está convencido de la negrura de la imagen. Más fácil sería pensar en imágenes andaluzas: Alonso Cano, por ejemplo, que llega a dar a su Inmaculada incluso facciones netamente hebreas, curvando la nariz de la Virgen.

La Palidez

Desentrañando la etimología, encuéntrase uno con que «pálido» viene de la misma voz madre que «pardo». Pardo es el color de España. Expresivamente, Ricardo Ford ha visto que en España se bañaba de este tono la tierra, el hombre y la mula. Aunque nuestro país es tierra de contraste y los paisajes cambian de tonos en gamas maravillosas, justo es observar el color uniforme de la tierra. Parda es Castilla, y sin embargo es gentil. Del barro de los pucheros —dice Ford— sacaba Murillo sus sienas, que le servían para pintar una lejanía y para dar vida a los mofletes de un pilluelo andrajoso. El pardo cubre toda la tierra: las casas terrosas de la Mancha, Campos, Barros, Mancha de Aragón, los mulos afanosos de reata que cruzan los páramos; las capas de los labriegos. El tono apagado, unificador formidable, se hace carne en los rostros barbudos que vió Ribera, Sorolla, Victorio Macho. El aire que corta, de las altas mesetas, angustia los rostros y los deja pálidos. Y ¡qué expresiva es nuestra lengua para cantar la palidez! Amarillo es un rostro cadavérico, o —si no ha sucumbido físicamente— está a punto de hacerlo por las penas. «Amarillo y con ojeras», dice la copla popular. «Terroso» es el rostro lleno de miedo, o de preocupación. Terroso, del «tierra» de los pintores. Hay otras paráfrasis «color comida» y sobre todo «quebrado de color». No hace falta llegar al Romanticismo para encontrar palideces como la de Margarita Gautier. Antes de eso, al despuntar nuestro barroco, las niñas de Madrid tenían que «tomar el acero» para combatir el mal color. «O tienes amores o comes barro», se decía a Inés, a Isabel, a Catalina. Y se las hacía beber agua herrumbrosa, «agua de clavos viejos», como la llama Gabriel Miró.

* * *

Índice del materialismo de nuestra época es un cierto naturalismo en los gustos. Agrada hoy mucho la mujer bellamente sana, de mejillas sangrientas, de boca grande y dientes lobunos. Es verdad que Higea, la diosa de la salud, es joven y hermosa y que hemos de buscar la belleza elemental hija del buen apetito y de la fortaleza física. Pero aquí topamos con el vicio contrario: nuestra saludable muchacha deportista —si es que no sobrepasa el cuidado de su salud y lo hace un culto— olvida los detalles. Y los detalles son los que hacen a una mujer interesante, por más que se diga otra cosa. Es verdad que una boca grande y unos dientes blancos, deslumbradores, son más sencillos que las boquitas de piñón de nuestras abuelas, pero de aquí se pasa fácilmente a la brutalidad. ¡Qué desencanto produce una mujer que no sabe contenerse exquisitamente y da grandes voces en la calle, proclamando a los cuatro vientos su fortaleza y su salud! ¡Qué cerca está del animal bello!

Canto a Iseo, la Morena

Otro gran poema de amor —nacido en tierras de leyenda, en las rocas de Cornualles— habla de los dos grandes tipos: de Iseo o Isolda la rubia, y de Iseo la morena, la de blancas manos. La segunda es la que consuela el fatalmente herido corazón de Tristán. Puede la rubia seguir triunfadora en su palacio: el caballero enamorado se cura ante la palidez de una mujer morena.

Yo he conocido niñas morenas. Tenían en sus semblantes una palidez resignada. La única luz de sus rostros eran los ojos negros. Físicamente daban sensación de una cordura triste. Las rubias nos hacen pensar en la locura de una vida brillante. Son de pasiones más intensas, por su filiación sanguínea. En las morenas, según los cánones aristotélicos, no domina el corazón, sino el hígado. El hígado suele ser víscera del amor en ciertos climas poéticos: por ejemplo, en el clima árabes. El hígado es padre de la bilis, de la cólera sorda, del mal carácter, pero tam-

bién de la resignación. Esas personas serias que, al decir del vulgo, se tragan su amarga bilis, son las niñas morenas.

Una filosofía elemental nos habla de las pasiones soterradas, de las honduras casi fisiológicas de los amores contrariados, de la pena negra:

Pena limpia y siempre sola.

Yo lo aconsejo: el que quiera gozar de profundos sentimientos, una su suerte a una mujer morena. Verá siempre un estado igual en su pálido semblante. Con las auténticas morenas no cabe la frivolidad ni la deslealtad. Tras sus ojos hay un «siempre» y bajo su piel corre una sangre tumultuosa, no con el falso burbujeo del champán, sino con el profundo golpeteo de un torrente que cavase una hoz en la montaña dura.

La rubia será dueña del día, es decir, de la alabanza y la gloria, pero la morena será hija de la espera. Yo veo morenas a esas figuras lejanas: a la Samaritana, que después de dar de beber a Jesús, quedó pensativa por sus palabras, que le descubrían sus secretos guardados con tenacidad biliosa; a la resucitada hija de Jairo, a la virgen prudente, que cebó de aceite moreno su lámpara y aguardó al Esposo.

Podéis jugar con las rubias a paganos. Podéis desplegar sus crenchas y podéis repetir la mágica metáfora del Dorado. Pero no podréis jugar con las morenas, porque sólo han nacido para esposas.

Al fin vemos que el oro ha sido vencido por la Gracia, que hermosea la palidez y desata una alegría negra, alegría de noche serena, en los ojos oscuros.

Andrés F. SORIA ORTEGA.

